

# La silla de Eladio

Gema Candelas Piña  
Arqueóloga  
Ciudad Real, La Mancha

*“Desperté de ser niño... Nunca despiertes”*  
Miguel Hernández

En mi salón tengo montada la granja de los Playmobil.

Recuerdo bien cuando por fin, tuve mi propia casa. Al principio, viví en pisos de estudiante, con muebles desemparejados, desvencijados y horrendas láminas reproducciones de Monet. Después vino mi propia casa... ¡mi propia casa!

Ahora podía llenarla con mis cosas, mis objetos... pero no sabía bien cómo hacerlo para que resultara “acogedora”. Comencé a mirar en las revistas de decoración, casas impersonales y *estilosísimas*... Pronto entendí que ese no era el camino para sentirse a gusto, ni para que se sintiese a gusto la gente que venía a mi casa.

Después puse bases de vasijas, como cenicero, como adorno... de la cerámica no selecta que se tiraba a vertederos controlados en un castillo en el que excavé cuando era más joven. Una cerámica vidriada verde, califal, preciosa. Los puse junto a otras piezas como réplicas de puntas de flecha, saquitos de arena regalo de amigos que habían ido a Egipto... Comprobé fascinada cómo disfrutaban mis amigos tocando estas cosas, preguntando... haciéndolas suyas.

Entonces monté la granja de los Playmobil. Pero para que se quedase permanentemente dispuesta. Con sus animales y todo. Dispuesta para los niños y niñas que vienen de visita a casa. Pero también para mis amigos treintañeros que han vivido su infancia rodeados de estos muñequillos maravillosos. También para mí, que a veces juego un poco con los cerditos y las gallinas. Y así fue como me di cuenta de que una casa no es para verla; es para vivirla, tocarla, manosearla, ensuciarla... ¿Tal vez debería ser igual con los museos?

No soy museóloga. No tengo grandes nociones de museografía. SÓLO soy intérprete (yo sí lo soy, lo reconozco, lo digo, lo siento. Buena o mala, no sé; a veces, a ratos, no sé). Pero también sé lo que no soy. Y a lo que no me atrevo. A mí esto de la Museografía me supera un poco. Si no tengo delante a la gente, si no les veo, les miro a los ojos, miro sus

zapatos (manías de guía)... no me da el “subidón” de adrenalina suficiente y no tengo soltura en diseñar equipamientos y medios.

Hace un mes más o menos, vino un grupo de ancianos al yacimiento arqueológico en que trabajo. Era gente muy mayor, algunos de ellos con ochenta y noventa años, con una salud regularcilla. Los trajeron voluntarios de Cruz Roja. Nos centramos en la reconstrucción de una casa, una maqueta a escala 1/1 de una casa ibérica hecha con las dimensiones y materiales originales de la época.

La mayoría era de la zona, habían sido boteros, tejeros, alfareros, agricultores. Casi todos habían hecho con sus propias manos adobes, ladrillos con los que se hacían las casas íberas. Disfrutamos mucho, tanto ellos como yo. Se sintieron protagonistas, se sintieron valorados... Tanto es así que al acabar la visita, uno de ellos, Eladio, me estaba esperando. Era un anciano de noventa y dos años, de un pequeño pueblo de aquí al lado.

Todo su interés era explicarme que quería hacer una silla para el museo. Quería regalarnos una sillita de enea; de las de toda la vida, pues su oficio había sido ése. Se le ocurrió la idea cuando les expliqué el tipo de vegetación que habría hace 2.400 años y como ésta se utilizaba para construir todo tipo de aperos, mobiliario y objetos de uso cotidiano. Algunos fragmentos de esparto y mimbre han llegado hasta nosotros y, de hecho, tenemos algunos trocitos en el Museo Municipal donde la gente puede verlos.

Yo me entusiasmé y le dije que sí. No consulté con los directores, con los políticos o concejales. Entendí que era una maravilla, un tesoro, entendí que no podía decirle que no. Ya veríamos lo que hacíamos con la silla.

A la semana siguiente vino Eladio con su silla. Su hijo le trajo, con todo el cariño del mundo. La silla en cuestión era vieja, repintada en verde, torneada, muy usada. Había trabajado duro este señor para reponer la enea que aparecía maravillosamente trenzada. Había colgado una foto suya del respaldo, una foto del proceso de trabajo, atada con pleita, con esparto.

Y ahora viene lo mejor. Traía en un bolsillo un puñadito de fibras, de pleita, de mimbre, de enea. Había colocado un cartelillo escrito a mano y lleno de faltas de ortografía en cada paquetillo de fibras. “Mira, hermosa (como decimos en la Mancha), esto es para que expliques a los chavales los distintos tipos de materiales con los que trabajamos, tú los pones con la silla, ¿sabes?, y la gente ve, no sé si me explico, la gente ve... de qué están hechas, sabes, hermosa, ¿me explico?”

Ganas me dieron de comerme a besos a Eladio. Se pasaron por mi cabeza mil artículos, libros, todos ellos hablando de apelar al ego, hacer partícipe a la comunidad local... palabras que, la mayor parte de las veces son muy teóricas y que yo, os seré sincera, en muchas ocasiones, encuentro vacías. A veces tengo la horrible sospecha de que en el fondo, hay poca gente que sepa llevar a la práctica tanta palabrería.

Eladio me dio una gran lección de sensibilidad, de profesionalidad y de humanidad. **Hizo que me diera cuenta que esto de la divulgación, de la interpretación, de la museología... nace del amor. Nace de la sensibilidad y del profundo conocimiento de algo. Punto. Nada más y nada menos.**

La historia no acaba bien.

Al día siguiente, vino una *Persona Importante*. Cuando vio la silla, lo primero que hizo fue reírse, lo segundo, sentarse en ella haciendo la broma de que cantaba flamenco. Luego, cogió el paquetillo de fibras y lo tiró a un lado, -“bueno, esto lo puedes tirar... o dejar por ahí como atrezo. La silla, guárdala, o mejor, dejadla para los abrigo”-. Y se fue tan pancho.

En ese momento pude sentir cómo hervía mi sangre. No repliqué, pues con el tiempo he aprendido que los que estamos en el terreno de juego y no somos *Personas Importantes* lo mejor que podemos hacer es “jugar por las bandas”, hablando en lenguaje futbolístico (que únicamente utilizo para explicar esto).

Me imagino cómo aquellos y aquellas que lo habéis sufrido y lo sufrís lo entenderéis. Cuántas veces hemos metido en la “Mochila del Intérprete” objetos, dibujitos, cosas inauditas que utilizadas en

el momento más pertinente explican, hilvanan, hacen evidente, comprensible, completan o incluso corrigen los discursos oficiales de los macromuseos, centros de visitantes, etc., en los que trabajamos (qué bueno, ¿verdad? que dos trocitos de esparto sacados a tiempo expliquen mejor algo que un audiovisual incomprensible que ha costado miles de euros).

¡Por supuesto que no he tirado las fibritas! Las tengo escondidas en mi Mochila del Intérprete y las saco cuando voy con la gente. Las “manosean” y luego les animo a ir al museo a ver las fibras originales, carbonizadas. Luego, al terminar, saco la silla, que tengo guardada en el almacén... y la gente ve la foto de Eladio. Y hay algunos que quieren conocerle e incluso comprar algún objeto. Evidentemente, si estuviese en mi mano, Eladio vendría algún sábado a dar un taller... qué maravilloso sería. Pero de momento, la silla está escondida y yo tragándome la bilis.

Yo no tengo ni idea de museografía. Pero sé que **me gustaría que los museos fueran hechos para ser usados**. No entiendo de vinilos, halógenos ni resinas. Pero sé que los museos deberían estar hechos por y para la gente. Y es posible que el resultado final no fuese estéticamente bello (como algunos museos arqueológicos supermodernos, que a mi me parecen locales de copas VIP). Creo que seguimos sin pensar en la gente. Seguimos sin ver sus necesidades, su sensibilidad, su forma de entender las cosas. Seguimos deslumbrándole con brillantes paneles... y guardando las sillas polvorientas en los almacenes.

Un centro de visitantes, un museo en el que no “cabe” la silla de Eladio... es un fracaso.

¿Podemos poner sillas de Eladio, repintadas, viejas... pero cargadas de sensibilidad y conocimiento en muchos de nuestros centros de visitantes o incluso museos? ¿Nos atreveremos a “saltarnos” las normas estéticas, la lógica del diseñador, las pautas del científico para que realmente el Museo sea algo VIVO como pregonan miles de escritos?

Da vértigo, ¿verdad?

Probad primero a plantar en el salón la granja de los Playmobil, veréis como la vida se ve de otra manera.